

España en el Nuevo Mundo

ENCARGADO por el señor Director para informar, a los efectos del artículo 1.º del R. D. de 1.º de junio de 1900, acerca del libro *España en el Nuevo Mundo* (8.º m., de 317 págs. y una con el índice, Madrid, 1931), escrito por don José Alvarez de Sotomayor y Zaragoza, tengo el honor de someter el siguiente dictamen al superior juicio de la Academia:

España en el Nuevo Mundo no es un libro de los que comúnmente llamamos de investigación, o de primera mano, sino de aquellos que, en lenguaje corriente, calificamos de vulgarización, por cuanto no exhuma noticias recónditas e ignoradas; antes, por lo contrario, todas las en él recogidas son del dominio de investigadores y eruditos.

Qué haya intentado su autor al recopilar los datos esparcidos en libros no siempre al alcance del lector ordinario, por su rareza, tamaño, coste, etc., etc., se nos dice así en el prólogo: “La finalidad de una obra histórica, de carácter pedagógico, ha de ser para instruir al alumno y estimular su patriotismo consciente, de modo que cada uno, en su esfera de acción, sea un paladín de la santa causa de la Patria, maltratada injustamente por la crítica negativa y por la cruzada de intereses creados

contra España.” Y añade líneas más adelante: “Procurando también dar a la enseñanza carácter de amabilidad, en cuanto cabe, dentro de un plan que comprende puntos de vista sociales, políticos, administrativos y filosóficos, hemos tratado de suscitar y mantener el interés del lector unas veces con la narración de un episodio o hazaña, inspirado tal vez en la leyenda, sin faltar, en lo sustancial, a la sinceridad histórica, y en otras ocasiones hemos preferido sacrificar la relación puramente sistemática y expositiva de los hechos cronológicos, aun a costa de la ponderación, en relación al conjunto, y dedicar mayor espacio al juicio crítico, al comentario y a la deducción intuitiva, para facilitar a la enseñanza elementos inspirados en los testimonios históricos.”

Claro que toda obra histórica es pedagógica, pues si el clásico latino la calificó de “Maestra de la vida”, todos cuantos lean historia, necesariamente, aun sin proponérselo, han de sentir sus espíritus movidos al bien y a lo honesto, o enemigos del mal y de la justicia, en presencia del relato de determinados hechos del libre albedrío de los hombres. Pero, con exactitud notoria, hace esta declaración el autor de *España en el Nuevo Mundo*, porque su objeto principal, como se comprueba con las palabras copiadas, es enseñar directamente y extraer el jugo moral y doctrinal a la epopeya de la conquista y civilización americanas realizadas por España.

Para ello ha dividido su trabajo en seis partes principales: el descubrimiento, la conquista, el pueblo indio, la colonización, relación cronológica conceptuada —es decir, series de los virreyes y gobernadores— y civilización y cultura.

Como era de esperar, dado que el libro lo formaron,

antes de su arreglo definitivo, varias conferencias para jóvenes militares, como el intachable general que las pronunciara, el estilo es a ratos marcial y lírico cuando se enaltecen y comentan los heroísmos de Cortés, Pizarro, Alvarado, Ojeda, Núñez de Balboa y otros cientos y aun millares de superhombres —que no otra denominación merecen aquellos caballeros legendarios—.

Y por la misma razón de acercarse al vulgo y a la juventud, el autor empieza su labor con unas cuantas nociones generales acerca de la tierra y especialmente de América, y refiere las opiniones y atisbos de poetas e historiadores antiguos que hablaron de mundos desaparecidos, y el razonar y los presentimientos más o menos geniales de los que creyeron existían continentes desconocidos, hasta llegar a las opiniones reinantes en la materia cuando Colón concibió —si fué el primero en concebirla— y llevó a cabo la inmortal empresa.

Y como no podía menos de suceder, se exponen en el libro con algún detenimiento las nuevas opiniones sobre la patria del glorioso navegante. El señor Alvarez de Sotomayor, amante, como el que más, de su “patria chica”, se inclina a creer que Colón naciera en Galicia, sin olvidar ni omitir los argumentos de los que siguen sosteniendo que semejante acontecimiento sucedió en Italia.

El descubrimiento y la conquista de América, especialmente en lo tocante a las primeras expediciones y al sometimiento y dominio de Méjico, Centro-América y el Perú, se hallan bien descritos y recopilados por el señor Alvarez de Sotomayor, quien nada omite, aunque de modo conciso y a grandes rasgos, de cuanto conviene saber del pueblo indio, de sus emperadores, costum-

bres, civilización y cultura, que algunos críticos e investigadores han intentado sublimar hasta las nubes.

Y luego, en pocas páginas, nos da una lista de los virreyes y gobernadores, con la narración escueta de sus más notables hechos, sin olvidar el elogio que la mayor parte de ellos merecieron.

Y al rematar su obra, se encara con los que, a sabiendas y por bastardos intereses de bandería política, de religión o de raza, han parado y como recreado la atención en los desmanes que algunos conquistadores y encomenderos perpetraron, sin que quieran acordarse de los infinitos beneficios que durante tres siglos prodigó España en el Nuevo Mundo. Para ellos, sólo ha merecido los honores de la apoteosis y admiración el padre Las Casas; y estoy por apostar que no por lo que trabajó por el bienestar de los indios y su conversión, hechos nunca bastantemente encomiados, sino por haber estampado el apasionado, injusto e hiperbólico relato *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, libelo pequeño en el contenido y en la forma, mas repleto e inficionado de venenoso frenesí, donde se leen tremendas afirmaciones y cargos contra su patria y contemporáneos, fuente turbia y emponzoñada donde han acudido a abrevarse los enemigos de España y de su obra.

Quiero recordar, como muestra del influjo de ciertos libros falaces, que leyendo yo, ya hace muchos años, a un autor francés, creo que a Marmontel, me sobrecogía de pavor y sentimiento al ver y casi palpar —tal es la fuerza de una narración hábil— cómo cayeron millares de indios en la batalla de Atahualpa y Pizarro, asfixiados por los gases deletéreos y sulfurosos de la artillería española, cuando todos sabemos que aquellos 168 valien-

tes, que hubieron de habérselas con un ejército que algunos historiadores elevan a 30.000 hombres, no poseían más que dos pequeños cañones pedreros, los cuales, la mayor parte de las veces, efecto de los rudimentarios y poco seguros medios de precisar la puntería, no causaban más daño que el consiguiente a su estampido en naturalezas medrosas y asustadizas.

Gracias a Dios, el concepto de nuestras crueldades y desafueros va poco a poco reduciéndose a sus verdaderos límites, quedando eclipsados determinados reprochables episodios por la luz esplendorosa que irradia del conjunto; pero aún es de lamentar que escritores americanos que llevan nuestros mismos apellidos, indicadores de que por sus venas corre también nuestra sangre, se ensañen contra España, que en menos de tres siglos fundó y civilizó veinte naciones, que al llegar a su madurez pudieron combatirla y vencerla —aparte el número y otras causas coadyuvantes—, porque, plasmadas y organizadas a su imagen y semejanza, contaron para el ataque con los mismos medios e idéntica táctica que la Madre Patria, que siempre los mimó y cuidó con mano pródiga y generosa. Podría tolerarse que los indios escribieran contra nosotros; pero que lo hagan las plumas de los que allí, en sus antepasados —y sus apellidos lo verifican— fueron como exterminadores y ladrones, si hemos de creer lo que afirman, eso, francamente, rebasa los linderos de la lógica más absurda y desenfrenada.

Por lo que va dicho, creo que la obra *España en el Nuevo Mundo*, que sigue el método y pensamiento de las populares de Lummis y de nuestro llorado compañero señor Juderías, en las que en gran parte se ha inspirado, puede ser útil a la cultura general y cumple su finali-

dad de divulgar la realización de la empresa que no tiene igual en ninguna nación del mundo.

La Academia, no obstante, acordará lo mejor.

FR. JULIÁN ZARCO CUEVAS,
agustino.

Biblioteca de El Escorial, 22 de octubre de 1931.

Aprobado por la Academia en sesión de 30 de octubre.